

## *LA TENSION SOVIETICO-ESCANDINAVA Y LA DEFENSA OCCIDENTAL*

El incesante avance de la técnica de los armamentos nucleares está produciendo un impacto considerable en las concepciones estratégicas sobre las que el mundo occidental había montado su sistema defensivo. Creada la Organización atlántica con el fin de levantar una estructura militar capaz de prevenir toda agresión procedente del mundo soviético, debía necesariamente unir a una gran extensión un elevado grado de agilidad, de forma que una vez lesionado cualquiera de los puntos integrantes del gran arco defensivo, se produjera inmediatamente una reacción eficaz para detener la agresión y herir al enemigo de manera contundente. Estas exigencias defensivas hicieron que la estrategia occidental cristalizara en una red de bases extendidas desde Islandia hasta Turquía. A medida que fué aumentándose y perfeccionándose el armamento atómico, los estrategas se dividieron en dos corrientes distintas—la de la defensa periférica y la de la defensa territorial—, cada una de las cuales sacaba conclusiones diferentes de la utilización de este armamento. Esta cuestión, que nunca ha dejado de estar planteada entre los hombres del S. H. A. P. E., se ha reactualizado con motivo de ser necesario contar ahora con un nuevo arma nuclear que abre nuevas perspectivas a la estrategia: el proyectil teledirigido.

Desde principios del año el tema de la revisión de las orientaciones estratégicas de la O. T. A. N. es objeto de atención. Se ha creído por algún sector que la incorporación de los proyectiles teledirigidos a los planes defensivos atlánticos permitiría a éstos descansar exclusivamente, o casi exclusivamente, en una estrategia nuclear, en la que la máxima capacidad defensiva estaría en los «missiles» intercontinentales, de eficacia garantizada incluso siendo lanzados desde las costas del Este americano. Se abandonaría así una concepción estratégica en la que el papel principal correspondía a las fuerzas convencionales protegidas por acciones aéreas estratégicas, lo que requería la apoyatura inevitable de una red de bases más o menos próximas al objetivo enemigo. De aquí que para los que así piensan, la adopción de los proyectiles atómicos teledirigidos tendría como consecuencia la eliminación

por superfluas de muchas de las bases continentales, en especial de las más próximas al telón de acero, y la reducción considerable de los contingentes de fuerzas en Europa. En esta línea están situados los actuales responsables de la política militar británica, movidos especialmente por preocupaciones económicas. La política de disminución de las cargas militares llevó al *premier* MacMillan y a su ministro de Defensa a planear una reducción importante de las tropas británicas en Alemania, pese a las reacciones en contra producidas dentro y fuera del país, principalmente en los cuadros de mando de la O. T. A. N., comenzando por el propio general Norstad. Precisamente el ministro de Defensa de la Gran Bretaña, Duncan Sandys, ha buscado en los proyectiles teledirigidos la fórmula que permita aliviar la economía defensiva de las Islas y además no sólo no disminuir sino acrecentar la contribución de éstas al dispositivo atlántico, haciendo del país una base de lanzamiento de estos proyectiles.

En contra de tal orientación, y también de la que pretendería eliminar de los planes estratégicos del Pacto todo armamento atómico, por estimarlo peligrosa provocación de la Unión Soviética, se ha levantado el comandante supremo de las fuerzas atlánticas, general Lauris Norstad, propugnando una estrategia en la que, para responder a las verdaderas necesidades defensivas de la Organización, se combinen adecuadamente los elementos atómicos y los convencionales. En efecto, la idea de que las represalias atómicas serían la base sobre la que debería descansar la estrategia defensiva atlántica, resulta inaceptable porque una defensa continental exige estar en condiciones, mediante la correspondiente distribución de fuerzas de infantería dotadas del armamento más moderno, de impedir el ataque enemigo y las conquistas territoriales que serían el fin inmediato de la agresión. Lo importante, según el autorizado criterio del general Norstad, es que los contingentes de fuerzas atlánticas situados en los países del Pacto, aumenten al máximo su capacidad para repeler la agresión, o lo que es lo mismo, cuenten con armas tácticas nucleares, capaces de ser utilizadas con gran proximidad al punto o puntos de agresión y susceptibles de transportar cargas explosivas atómicas o no. Desde hace ya bastante tiempo el mando militar norteamericano se venía manifestando afirmativamente sobre la necesidad de abastecer a sus tropas en el exterior con armas atómicas tácticas, pero al plantearse esta cuestión dentro del marco de la O. T. A. N., el general Norstad, apoyándose en razones de orden moral y psicológico, se ha pronunciado en el sentido de que no sean sólo las tropas norteamericanas las que cuenten con este tipo de armamento, sino también las pertenecientes a cada uno de los países aliados, con objeto tanto

de atender más eficazmente a las demandas de la defensa, como también de eliminar toda diferencia entre las fuerzas norteamericanas y las del resto de los países, que podría generar un sentimiento de inferioridad y aun de inutilidad en el mando y en los soldados privados de medios de defensa que la técnica más moderna ha puesto a disposición de los países más poderosos.

Esto quiere decir que, según el mando militar supremo de la O. T. A. N., las fuerzas de los países aliados deberán estar dotados de armamento atómico (cañones y «missiles»), que complete el armamento clásico. Inevitablemente este armamento deberá ser suministrado casi en su totalidad por los Estados Unidos, y sabido es que la legislación defensiva y nuclear norteamericana se opone a la entrega de armas nucleares a otros países, aunque sean éstos aliados. Pero ésta no es una dificultad insalvable y son varias las soluciones que se han propuesto, principalmente dos: entrega de armas y proyectiles atómicos a las fuerzas aliadas, pero sin sus cargas explosivas y con fines exclusivos de entrenamiento; y cesión de armas atómicas a las fuerzas extranjeras, pero con la condición de que este armamento quede bajo el estricto control norteamericano y sólo en caso de necesidad se pueda disponer de él por las fuerzas aliadas.

Corroborando lo que ya se tenía por la orientación dominante del mando atlántico, el comunicado de la Conferencia de las Bermudas (21-24 marzo), confirmó que los Estados Unidos se disponían, respondiendo a las instancias británicas, hechas presentes en Washington en el curso de las conversaciones militares anglo-norteamericanas del mes de enero por el propio ministro de Defensa, Duncan Sandys, a ceder a la Gran Bretaña ciertos tipos de proyectiles teledirigidos. Realmente, esta cuestión de las nuevas tácticas defensivas, como consecuencia de la renovación de los armamentos y las exigencias logísticas de la moderna guerra atómica, no serán resueltas definitivamente, dentro del marco concreto del Pacto del Atlántico, hasta que en el inmediato mes de agosto los expertos militares que han de dictaminar sobre esto, presenten el informe que se les ha encargado. Pero en todo caso, no parece probable que se prescinda de los armamentos más modernos, y por tanto puede darse por descontado que los ejércitos de la O. T. A. N. contarán con armas tácticas nucleares. El mismo comunicado de la brevísima reunión del Consejo de la O. T. A. N. celebrada en Bonn en los primeros días de mayo, es bastante explícito a este respecto, pese a que no ha sido precisamente una reunión de técnicos militares.

\* \* \*

Todo esto nos permite situar debidamente la ofensiva de amenazas desencadenada en los últimos meses por la Unión Soviética sobre los países miembros del Pacto del Atlántico, así como también la serie de declaraciones, gestiones y llamamientos de igual procedencia, en favor de una suspensión de las experiencias nucleares. Esta reacción soviética está perfectamente en la línea de su continuada política frente a los esfuerzos defensivos e integradores de Occidente. Conocida es la versión que maneja Moscú respecto a la alianza atlántica: pacto militar de las potencias imperialistas dirigido contra la Unión Soviética con propósitos agresivos. Si ese pacto militar va a reforzar su capacidad defensiva y de reacción ante la agresión dotando a sus fuerzas del armamento más moderno, la Unión Soviética reforzará también sus ataques. Esto es lo que ha ocurrido y, como era previsible, Moscú no se ha limitado a acusar a las potencias atlánticas de agresivas y de perseguir fines contrarios a la paz mundial, sino que ha dado a su ataque un tono de amenaza que hace recordar el que utilizó contra la Gran Bretaña y Francia con ocasión del desembarco anglo-francés en la zona del Canal de Suez.

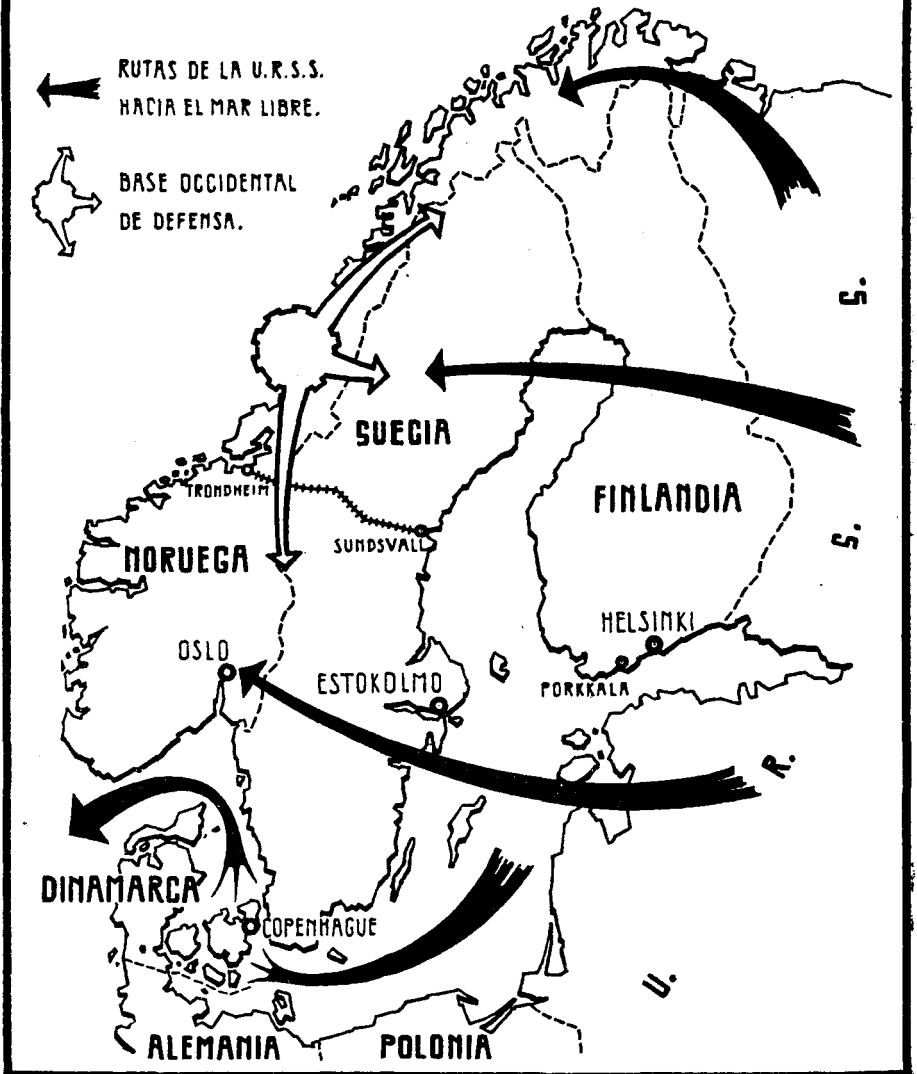
El día 21 de marzo el embajador soviético en Oslo hacía entrega al presidente del Consejo noruego, Einar Gerhardsen, de un mensaje dirigido a éste por el presidente Bulganin, fechado el día 19 y que el día 26 se hacía público y el 27 era reproducido por el periódico moscovita *Pravda*. El día 29 de marzo un nuevo mensaje del mariscal soviético era enviado al primer ministro y ministro de Asuntos Exteriores de Dinamarca, Hansen. Dos días después la Agencia Tass publicaba una declaración del Ministerio de Asuntos Exteriores de la U. R. S. S., sobre el resultado de la Conferencia de las Bermudas, en la que se decía: «La Conferencia de las Bermudas ha demotstrado que los Gobiernos de los Estados Unidos y la Gran Bretaña tienen la intención de dar a su política exterior una orientación agresiva.» En el mes de abril Radio Moscú menudeó, en sus emisiones en lenguas extranjeras, las amenazas a distintos países miembros de la O. T. A. N. por la misma razón: la posibilidad de que en las bases instaladas en sus territorios se disponga de armamento atómico. Grecia, Turquía y Holanda fueron especialmente advertidas. También España fué amenazada en dos ocasiones (emisiones en español de los días 2 y 18 de abril), porque aunque España no es todavía un país miembro de la O. T. A. N., se encuentra unida a los Estados Unidos por unos pactos militares que hacen de ella un importante bastión en el despliegue defensivo occidental. La política soviética no podía olvidar a la península ibérica a la hora de hacer advertencias amenazadoras a los países occidentales. El día 27 de abril el Gobierno federal alemán recibió igualmente una Nota

del soviético advirtiendo de las consecuencias para Alemania de la presencia sobre su territorio de tropas dotadas de armamento atómico. Exactamente dos meses después, el 27 de junio, una nueva Nota del Gobierno de la U. R. S. S. sobre lo mismo, rechazó como insuficientes las argumentaciones contenidas en la contestación del Gobierno de Bonn de 22 de mayo y mantuvo el mismo tono amenazador de las otras advertencias de Moscú.

Vemos, pues, que las primeras manifestaciones de esta ofensiva de amenazas desencadenada por la Unión Soviética tuvieron por objetivo dos países escandinavos: Noruega y Dinamarca. La explicación de esto hay que encontrarla en las especiales circunstancias que se dan en estos países. De un lado, su importancia estratégica; de otro, la particular posición que los países nórdicos mantienen dentro del total conjunto occidental.

Los textos destinados a los jefes de los Gobiernos de Oslo y Copenhague, son largos y casi idénticos. La Unión Soviética recuerda con satisfacción el feliz desarrollo, a raíz de las visitas a Moscú de ambos políticos el pasado año, de las relaciones entre la U. R. S. S. y esos dos países nórdicos, para pasar en seguida a referirse a la agravación de la situación internacional en los últimos meses como consecuencia de la carrera de armamentos. Bulganin alude a los proyectos norteamericanos de estacionamiento de unidades del ejército de los Estados Unidos equipadas con armas atómicas sobre el territorio de los países miembros de la O. T. A. N. He aquí lo que hace que la situación actual sea más grave que nunca. Porque aunque la Unión Soviética no tenga el propósito de atacar a nadie, y sean sus objetivos, en lo interior, el desarrollo progresivo de sus riquezas nacionales para cumplir su labor de creación pacífica, y en lo exterior, el mantenimiento y reforzamiento de la paz entre los pueblos, es claro que deberá responder a los actos agresivos dirigidos contra ella adoptando las medidas más enérgicas para, si fuera necesario, descargar un golpe decisivo sobre el eventual agresor, que necesariamente alcanzaría «a las bases situadas en la proximidad de nuestras fronteras». De aquí que el mariscal Bulganin desee advertir a sus colegas noruego y danés, las desastrosas consecuencias que para sus respectivos países se derivarán del hecho de que sus territorios sean utilizados para los propósitos agresivos de ciertas potencias. «No es difícil darse cuenta a qué inmenso peligro se expone Noruega», se dice en la carta a Gerhardsen. «La potencia destructora de las armas modernas es tal, que los golpes descargados para aplastar las bases del agresor afectarán inevitablemente a vastas zonas alrededor de las bases, lo que equivaldría a una catástrofe incluso para un Estado más grande que Noruega. Que esto es así se puede comprender por

# IMPORTANCIA ESTRATEGICA DE ESCANDINAVIA



el hecho de que, como lo han demostrado las experiencias realizadas, una sola bomba de hidrógeno puede provocar destrucciones en un radio que alcanza varios centenares de kilómetros. Cabe preguntarse cuáles serán las consecuencias del empleo de varias de esas bombas.»

En el mensaje dirigido a Hansen, los términos utilizados por Bulganin no son menos aterradores: «La fuerza destructora de las armas modernas es tal que, para un país con un territorio igual al de Dinamarca, la concesión de bases a los Estados extranjeros en caso de guerra, sería un verdadero suicidio.»

\* \* \*

Toda valoración de la política soviética sobre los países escandinavos no puede olvidar la importancia estratégica de las naciones agrupadas en la zona norte europea. Consideradas desde el punto de vista de los intereses defensivos de Occidente, es indudable que la O. T. A. N. no puede prescindir del segmento que sobre la Europa septentrional cierra el gran arco defensivo que aspira a ceñir la enorme periferia soviética. Lo accidentado de la geografía (lagos y montañas), la escasez de comunicaciones y la dureza del clima, especialmente en las regiones árticas, precisamente aquellas que serían el camino más corto para descolgarse desde la frontera ruso-noruega sobre la costa atlántica, hacen de la península escandinava una barrera natural que detiene a Rusia en su tendencia a salir al mar abierto. Esto sin contar la dificultad que para las acciones terrestres entraña tener que atravesar Finlandia y Suecia para ganar importantes objetivos militares. Por el contrario, el corazón de las montañas de Noruega ofrece múltiples posibilidades al emplazamiento de bases de lanzamiento de proyectiles teledirigidos, que por lo abrupto del terreno pueden ser fácilmente ocultadas a la observación aérea enemiga, del mismo modo que la costa reúne óptimas condiciones para la protección de las escuadras. En el mar está precisamente la clave del papel defensivo que corresponde a Escandinavia y también el objetivo del eventual agresor procedente del Este. Dominar los estrechos significa no sólo encerrar la flota rusa en el Báltico, sino reducirla a sus propios puertos, haciendo de este mar un factor más de la defensa occidental.

Atendiendo a los intereses bélicos de la Unión Soviética, salta a la vista la importancia estratégica del conjunto de los países nórdicos. El ideal para la Unión Soviética sería tener dominados, o en condiciones de fácil acceso, los dos países atlánticos: Noruega y Dinamarca. Por su posición geográfica estas dos naciones constituirían una magnífica avanzada del poder militar soviético sobre el mundo occidental. Dominar estos países implica dominar los accesos

marítimos que constituyen los estrechos del Pequeño Belt, Gran Belt y Sund, que conducen al Kattegat y Skagerrak. De este modo, el mar Báltico se convertiría en un mar interior soviético y Noruega y Dinamarca serían las centinelas que protegerían la escuadra de la U. R. S. S., que contaría así con una base de grandes posibilidades desde la que podría salir para atacar en el atlántico a las flotas enemigas. Si la Unión Soviética no puede alcanzar un tal dominio de estos enclaves marítimos, por lo menos ha de buscar el que no sean utilizados en una futura conflagración en contra de ella. En consecuencia, tratará de evitar que Noruega y Dinamarca se incorporen de manera activa a una alianza occidental y, en el caso de que lleguen a incorporarse, buscará su debilitamiento, consciente de que así hace enormemente vulnerable en una zona estratégica la defensa de Occidente.

Sobre este interés estratégico, los países escandinavos en general, y Noruega y Dinamarca en particular, atendida su vinculación a la O. T. A. N., son una zona de menor resistencia. Suecia ofrece la particularidad de ser un país tradicionalmente neutral. Durante las dos guerras mundiales el país sueco ha salido triunfante en su empeño de permanecer al margen de las hostilidades, pese a que el teatro de la guerra rozó sus fronteras. Parece, sin embargo, difícil pensar que Suecia pueda permanecer neutral ante una futura conflagración. El hecho de que Noruega y Dinamarca y también la Alemania federal sean miembros de la alianza atlántica, hace que Suecia se encuentre materialmente incrustada en la línea defensiva occidental. Además, nada hace presumir que, como ha ocurrido en la II Guerra Mundial, los beligerantes respeten su neutralidad. Sin embargo, Suecia viene manteniendo una política que puede calificarse de neutralidad vigilante y armada. Suecia observa y defiende un equilibrio del que espera poder conseguir resultados tan favorables como los que se tradujeron en el respeto a su neutralidad por la Alemania de Hitler y los aliados. Pero al mismo tiempo se dispone a defender su neutralidad. De manera silenciosa Suecia va cubriendo etapas en el camino de su preparación defensiva, mediante la construcción de importantes bases navales y aéreas subterráneas y la habilitación de su marina mercante para posibles fines bélicos. Sin contar la atención que el Gobierno de Estocolmo viene concediendo al desarrollo de las armas atómicas. Ya en 1954 el mando militar sueco manifestó que la posesión de armas atómicas haría que la neutralidad sueca fuera respetada con más seguridad. Pero esta neutralidad trabaja más a favor de los soviéticos que de los occidentales y, además, puede muy bien ser un arma de dos filos. Porque no hay que olvidar que si Suecia se pudo mantener neutral y sus barcos mercantes pudieron surcar aguas en



las que ardía la guerra para atender a las ineludibles necesidades económicas del país, fué, como ha puesto de relieve el capitán de Fragata sueco, Sten Ljungberg, en la revista marítima sueca *Tidskrift I Sjöväsendet*, porque con habilidad suma consiguió que Alemania y la Gran Bretaña permitieran el paso de los barcos de pabellón sueco, la primera porque tenía necesidad tanto de los propios barcos de transporte suecos como de ciertos productos de esta nación, y la segunda, porque quería hacer esta concesión a Suecia con objeto de conservarla capaz de constituir en un momento dado un muro de resistencia frente a una posible agresión germana. Así, Suecia logró la circulación de sus transportes marítimos y la garantía sobre unas rutas que permitían la entrada en su territorio de materiales estratégicos y de productos necesarios para la vida de la población. Pero en un futuro conflicto esto será más difícil, nos dice el citado autor sueco, porque «más del noventa por ciento de nuestro comercio está orientado hacia el Oeste, incluida la Alemania federal», y, además, «la U. R. S. S. no tiene gran necesidad de las exportaciones y de los barcos de transporte suecos». Aun en el caso de que Suecia no sea envuelta en las hostilidades, su propia neutralidad, al no poder tener la facilidad de movimientos marítimos que conquistó en la pasada conflagración, la ahogará al privarla del necesario acceso al exterior. A esto obedece el que Suecia, considerando la eventualidad de una Dinamarca dominada por la Unión Soviética, haya concluído con Noruega un acuerdo que la permita disponer de una parte del puerto de Trondheim, en la costa atlántica, comunicado por ferrocarril con el puerto sueco de Sundsvall, sobre el Báltico.

Noruega y Dinamarca sí son miembros de la O. T. A. N. y esto implica un determinado compromiso ante una futura conflagración. Pero son países de espíritu neutral y pacifista, si bien en la realidad no hayan podido mantenerse como sus hermanos suecos al margen de la guerra. Esto hace que en ellos domine una política de prudencia, caracterizada por el mantenimiento de relaciones con la Unión Soviética que oficialmente aparecen como buenas. La proximidad de Rusia es una proximidad demasiado peligrosa, y los Gobiernos de Oslo y Copenhague eluden compromisos demasiado graves cerca del mundo occidental. Recordemos que en los dos primeros meses de 1949, y como consecuencia de un canje de Notas, la Unión Soviética obtuvo de Noruega que no concluyese con otros países acuerdos que pudieran llevarla a admitir sobre su territorio fuerzas extranjeras, a menos que no fuese atacada. He aquí lo que determina la peculiaridad de estos dos miembros de la O. T. A. N.: su recelo a una plena incorporación al sistema defensivo al que pertenecen, su asepsia militar. Naturalmente, si la neutralidad sueca viene

en fin de cuentas a trabajar a favor de la Unión Soviética, esta actitud noruega y danesa es todavía más favorable para Moscú, y, por ello, no escatimará esfuerzos para mantenerla y para evitar cualquier reforzamiento de estos países dentro del cuadro de la O. T. A. N. Noruega y Dinamarca, sin contingentes de fuerzas extranjeras en su territorio, carentes de un ejército propio importante y sin fuerzas navales y aéreas, podrían llegar a ser un peligroso enemigo de la Unión Soviética desde el momento en que, según los proyectos del general Norstad, fueran abastecidas de armamento atómico táctico, especialmente de proyectiles teledirigidos.

Las respuestas del 11 y 20 de abril enviadas por los jefes de los Gobiernos de Noruega y Dinamarca, respectivamente, al mariscal Bulganin, son respuestas dignas, que revelan el que estos Gobiernos no se han dejado intimidar por las amenazas soviéticas y han recabado para sus pueblos la posibilidad de tomar las medidas necesarias para defenderse ante una posible agresión, al mismo tiempo que han recordado a la Unión Soviética que no están dispuestos a abdicar de su condición de miembros de una alianza defensiva en la que reside la máxima garantía de la defensa de sus territorios. Pero sería equivocado pensar que Noruega y Dinamarca van a comprometerse demasiado en tanto que miembros de la O. T. A. N. y ahí están para demostrarlo la declaración hecha por el presidente del Consejo danés, Hansen, el 29 de mayo ante el Parlamento, de que en caso de que se ofrezcan a Dinamarca armas atómicas el Gobierno las rechazaría, y la declaración ante el Congreso social-democrático noruego hecha el 1.º de junio por su colega Gedhardsen, pronunciándose a favor del desarme atómico.

Finlandia no es propiamente un país escandinavo, pero por su situación geográfica y obedeciendo a un imperativo ineludible de la política internacional, tiene que considerarse como protagonista de los sucesos y problemas propios del área a que pertenece. Y, por ello, la Unión Soviética la tiene muy en cuenta dentro de este juego de fuerzas en tensión que operan sobre la Europa septentrional. Moscú ha reservado a Finlandia, dentro de sus relaciones con el mundo escandinavo, un papel especialmente difícil: el de país ejemplar, cuyo modelo o pauta debe ser seguido por los otros países nórdicos. Especialmente significativos son los párrafos que se contienen a este respecto en el mensaje de Bulganin al jefe del Gobierno noruego, y que han sido objeto de abundantes comentarios. Finlandia tiene así que mantenerse en equilibrio entre las solicitaciones del mundo escandinavo, sobre todo una vez que se ha incorporado al Consejo Nórdico, y la necesidad de mantenerse en buenas y amistosas relaciones con la Unión Soviética. Esta ha cuidado de hacer

algunas concesiones para alimentar los sentimientos de amistad entre los dos países. Recuérdense los acuerdos de octubre de 1955 y diciembre del mismo año, por los que el Gobierno soviético accedió, por el primero, a establecer un servicio aéreo directo entre las capitales de ambos países usando Finlandia sus propios aviones, y, por el segundo, a permitir a Finlandia la utilización de la vía férrea que atraviesa Carelia y bordea el lago Ladoga. La cesión de la base de Porkkala está en la misma línea de cesiones soviéticas para mantener a Finlandia dentro de su órbita de influencia. Igualmente, la visita a Moscú del primer ministro, Fagerholm, del 30 de enero al 6 de febrero, fué saludada por la Prensa finesa y soviética como una manifestación más de las excelentes relaciones reinantes entre los dos países. En aquella ocasión ya se anunció la visita a la nación finesa de Bulganin y Kruschew, especialmente significativa porque iba a ser una visita que establecía una comparación con la suspensión dada por los Gobiernos noruego y danés a otra visita que a estos países debían haber hecho los mismos representantes de la Unión Soviética, y que fracasó como consecuencia de la intervención del ejército rojo en Hungría. Y así, a un año escaso de la visita de Vorochilov a Finlandia, Bulganin y Kruschew han pisado tierra finesa. Los objetivos de esta visita pueden ser referidos tanto a las relaciones específicas fino-soviéticas, como a las soviético-escandinavas en general. Interesan ahora más los segundos, y estos objetivos han sido, sin duda, dos: reforzar la impresión de unas relaciones amistosas en las que Moscú quiere poner el acento para atraer más a Finlandia y afirmarla en su papel de pueblo ejemplar que sabe mantenerse en la línea deseada por la Unión Soviética. Por otro lado, utilizar el escenario finlandés para renovar las advertencias a Noruega y Dinamarca, mostrándoles el camino a seguir si quieren sustrerse a las consecuencias de una peligrosa vuelta a Occidente.

FERNANDO MURILLO RUBIERA.

